

ÁFRICA

Nunca llegamos tan lejos. Otras veces nos alejamos un poco, a los barrios de los alrededores, pero esta vez dejamos atrás la ciudad, los cines, los supermercados y los edificios plateados que se amontonan sobre las avenidas como liendres.

Ahora estamos en la ruta. No sé cuál porque no tengo ni idea de rutas. No las puedo reconocer. Son todas iguales: árboles y pasto a los costados, luces de peajes a lo lejos, bultos de perros muertos en las banquetas. Son casi las cinco de la tarde y el cielo está nublado, lleno de nubes grises hinchadas como piñatas. Hace frío para ser verano. Viajamos con las ventanillas bajas: la de Jero casi toda, la mía, por la mitad. La radio está prendida pero se escucha con interferencia. No me acuerdo de la última vez que alguno de los dos dijo algo.

Hace un rato estábamos en Del Viso, en la quinta que alquilan sus viejos y los míos todos los veranos. Era mediodía y mi papá preparaba el asado. Nuestros padres y hermanos estaban en una punta de la mesa y nosotros dos, en la otra. Yo le rozaba la pantorrilla con una pierna. Me había puesto una crema que me dejaba la piel aceitosa. Me la había recomendado una amiga poco antes de que termináramos la secundaria. La usaba su hermana, una de las bailarinas de Tinelli. «Hace brillar la piel»,

me había dicho, y yo, desde entonces, la había usado cuando lo veía a Jero para imprimir en su retina una imagen que me retratará como una chica de piernas brillantes y sedosas.

El asado terminó a eso de las tres. Nuestros viejos tomaron café y después todos se fueron a dormir la siesta. Nosotros seguíamos sentados en la mesa del patio. Ahí Jero me dijo que nos fuéramos. Yo tenía el celular en la mano. No lo miraba a él, sino a la pantalla, y pasaba fotos de un álbum de Facebook moviendo el pulgar hacia la izquierda.

A Jero le suelen dar esos ataques de querer irse. Casi siempre damos unas vueltas en el auto de su papá y terminamos en algún telo. Si estamos de buen humor vamos a alguno temático, pero la mayoría de las veces terminamos en el de siempre, uno bastante sobrio que tiene un nombre francés. Cogemos una sola vez y después hacemos lo que llamamos «vida de hotel»: nos bañamos en el jacuzzi, llamamos al servicio de habitación, pedimos cerveza y papas fritas de paquete, y nos tiramos en la cama a ver tele envueltos en batas blancas. Me gusta mirarnos en el espejo que está en el techo, encima de la cama. Parecemos un matrimonio viejo. Cuando está por terminar el turno, Jero siempre me propone que nos vayamos a vivir solos, a alguna casa en alguna playa, juntando sus ahorros y los míos. Todo suena muy lindo, pero no me lo creo. Al parecer Jero sí, porque siempre parece desilusionado cuando volvemos a la quinta.

Hoy estaba cansada. Planeaba acostarme en la cama y dormir una siesta, así que fingí que no había escuchado bien. Levanté un poco las cejas con la vista fija en el celular. Jero me agarró un brazo y lo bajó como si fuera una palanca. Fue bastante brusco, pero después se quedó sosteniéndome la mano y acariciándome los dedos. Con un tono de voz suave me dijo de nuevo: «Vamos», y yo acepté.

Nuestros papás son amigos desde la primaria. Juntos vieron las primeras tetas, las de Moria Casán, en una obra de teatro de Gasalla en la calle Corrientes. Papá todavía se acuerda de Gasalla diciéndole al público: «Ya vienen las tetas, ya vienen».

Juntos también vieron morir a un compañero del curso. Estaban yendo a almorzar después del colegio, cuando el chico cruzó corriendo una calle y un colectivo se lo llevó puesto. Papá todavía se acuerda del ruido hueco y del cuerpo del chico, con el pantalón gris y el blazer oscuro, rodando sin peso como si fuera un muñeco relleno de alpiste.

Jero y yo crecimos juntos. Mi papá dice que lo quiere como al hijo varón que nunca tuvo. Su papá y yo no tenemos la misma relación. Cuando era chica, hice algunos intentos para que nos lleváramos igual de bien; él era lo más parecido a un tío que tenía. Pero cuando le decía algo en la mesa, algún comentario casual y amigable, él me miraba como si recién me viera, como si se hubiera olvidado de que estaba ahí. No me contestaba porque tampoco parecía haberme escuchado. Solo me pasaba una mano por la cabeza y me despeinaba. Mi papá dice que aunque lo quiere mucho, lo siente distante, no del todo palpable. «Es como si tuviera una máquina de humo enfrente», dice.

Pasamos muchas vacaciones de verano juntos en la quinta de Del Viso. Dormíamos uno al lado del otro, en unos colchones que nuestras mamás armaban en un cuarto muy chico con olor a humedad. Cuando siento ese olor en algún lugar, automáticamente pienso en Jero.

Jugábamos toda la tarde. Éramos malos como solo pueden serlo los chicos a esa edad. A veces el papá de Jero llevaba a su madre, una señora muy grande que había tenido un ACV y se pasaba todo el día sentada en una silla de plástico con una sonrisa torcida, sin hablar ni moverse. Cuando los adultos terminaban de almorzar y de tomar café, subían a sus cuartos a dormir la siesta y ella se quedaba sola en el patio. Con Jero nos

poníamos enfrente y le hacíamos muecas. La vieja nos miraba con la sonrisa chueca y las pupilas como conejos perdidos que saltaban de Jero a mí.

Nos gustaba trepar árboles. Una vez nos acompañó mi hermana menor, que en ese momento tendría seis años. Casi siempre la excluíamos de todos nuestros planes, pero ese día, después de almorzar, mi mamá me había agarrado del brazo y se había inclinado sobre mí para decirme en voz baja y con los dientes apretados: «Ahora se llevan a tu hermana. Que no me entere de que la volvieron a dejar de lado». Así que fuimos los tres a trepar el árbol más grande del jardín. Para mi sorpresa, mi hermana trepaba más rápido que yo, que avanzaba con precaución porque siempre tenía miedo de resbalar. Me quedé atrás, mirando sus pies mientras ellos se burlaban de mi lentitud. Sentí tanto odio y vergüenza por culpa de mi hermana que rogué que se cayera. Y se cayó. Pisó una rama floja que se partió y cayó sobre el pasto con un brazo doblado. Por unos segundos los tres hicimos silencio y después mi hermana empezó a llorar muy fuerte. Jero y yo nos quedamos mirándola en silencio desde el árbol, hasta que apareció mamá y se la llevó en brazos.

De camino al hospital, mis papás me retaron. A Jero el papá le pegó tres cachetadas fuertes en la cara. Me lo contó al día siguiente. Me mostró cómo lo había hecho. Así. «Uno», y me acarició el pómulo derecho con la palma de la mano. «Dos». Hizo lo mismo sobre el pómulo izquierdo, esta vez con el dorso. «Tres». Volvió a pasarme la palma por el pómulo derecho y la dejó ahí un instante. Nos miramos fijo. Él sacó la mano y me dijo: «Pero mucho, muchísimo más fuerte que eso».

Estaba nublado y nos quedamos en el hueco de abajo de la parrilla, con los pies descalzos sobre los restos de ceniza. Yo le conté que había deseado que mi hermana se cayera justo antes de que pasara. «Creo que tengo poderes», le dije, y Jero asintió, muy serio.

Cuando cumplimos dieciséis, Jero empezó a trabajar en África, el salón de fiestas infantiles que su papá tenía en Villa Urquiza. El trabajo consistía en ayudar a su primo, un chico de veintipico, a atender a la gente que hacía reservas. Iba después del colegio, a eso de las cuatro. Su primo casi siempre le avisaba una hora antes que no iba a poder ir. «No seas forro, no le digas a tu viejo. Bancame en esta.» Jero no contaba nada porque le convenía, porque entonces podía llevar a sus amigos a tomar cerveza, o a mí.

Ahí, en África, perdí mi virginidad. Apagamos todas las luces del salón y nos acostamos sobre una colchoneta del pelotero. Mientras Jero se movía encima de mí, yo miraba el techo del salón. Una pelota roja de goma espuma, probablemente lanzada por algún nene efusivo, se había enganchado entre las vigas. La miré todo el rato esperando que se cayera, esperando que pasara algo. Cuando terminamos, Jero limpió la colchoneta con las toallas de papel duras del baño.

Como tenía las llaves encima todo el tiempo, también íbamos a África de noche con los del curso, a hacer previas. Comprábamos fernet y vodka, y alguien siempre llevaba brownies locos o pepas. Nos metíamos en el pelotero a nadar entre las pelotas. Para el bajón nos comíamos la comida reservada para los cumpleaños, salchichas y pizzetas que quedaban en la heladera de la cocina.

Una noche, una vecina llamó al papá de Jero. Era raro que no hubiese pasado antes; ya habíamos hecho como quince previas. Si la música no hubiera estado tan fuerte, habríamos escuchado el auto del papá de Jero al estacionar en la puerta. Algunos ni siquiera escuchamos el ruido del portón cuando lo abrió. Yo me di vuelta cuando alguien paró la música y ahí lo vi, con los brazos en jarra y las piernas separadas. Se pasaba la lengua por